

D A F N E

Por Elena Castro-Morán

El dulce canto de la primavera sonaba en sus oídos y el murmullo de la savia corriendo por sus venas y vivificando su cuerpo, la acompañaba siempre. Era muy pequeña y aún no sabía que un árbol crecía dentro de ella. Como todos los que tienen alma da niño, no se extrañaba de muchas cosas y así aceptaba, como parte de su ser, aquel rumor constante del follaje, creyendo y rellenando con paciencia de árbol todos los resquicios dentro de su cuerpecito ágil y flexible.

Todos los demás notaron su gradual cambio de color. Se hicieron los comentarios del caso, se mencionó el hígado y la edad difícil, hasta que ya no fue posible ignorar que la niña estaba verde como un limón, siendo ésta más que una simple figura idiomática, pues lo cierto es que hasta exhalaba un profundo olor al verde cítrico.

De tanto oírlo decir, la niña se sintió diferente y caía a menudo en periodos de silencios largos y contemplativos. Con un entendimiento sin palabras, aceptaba el verdor de su piel y los extraños dolores del crecimiento que la hacían estremecerse. No sabía si debía alegrarse o entristecerse por su condición, y por lo tanto dejó de preocuparse por ello y siguió simplemente observando el lento proceso dentro de sí.

En el pueblo era la única con un limonero naciéndole en el cuerpo. El hecho se hizo más evidente cuando le aparecieron los primeros retoños en las orejas. Su madre lanzó un minúsculo grito de angustia, y presurosa le puso un gorro de lana en la cabeza para tratar de cubrir semejante imposibilidad. Hizo costumbre de todos los días el sentarse junto a su hija y, con bien intencionado amor materno, cortarle los nuevos e inocentes retoños que se empeñaban en aparecer. Para esto se valía de unas largas y finas tijeras de plata, orgulloso herencia de antiguas generaciones a su familia humilde, pero de consabida honorabilidad. La pobre mujer no alcanzaba a comprender el porqué de estas tiernas y verdes ramitas, tan fuera de lugar en su vida de conforme mediocridad.

Pasaron los años, trayendo con ellos la tranquilidad que da la costumbre. Las manos de la joven se divertían con el viento, haciendo sonar las muchas y fragantes hojas que surgían de sus dedos; sus cabellos eran tiernos brotes de muchos matices de verde, en donde se enredaban toda clase de insectos brillantes

y luminosos. Caminaba con dificultad, pues el peso de su follaje le impedía mantener el balance. Estaba en la edad soñadora cuando las muchachas buscan marido. Solita y muy despacio se fue arrimando al muro del traspatio y ahí, casi impercepti-

blemente, comenzó a echar raíces... Los pies ya estaban cansados del esfuerzo que habían tenido que hacer todo ese tiempo, aparentando ser simples extremidades caminando sobre la tierra seca, y ansiaban transformarse, volver a ser raíces y entrar en ella suavemente, fundiéndose con el polvo en una comunión total.

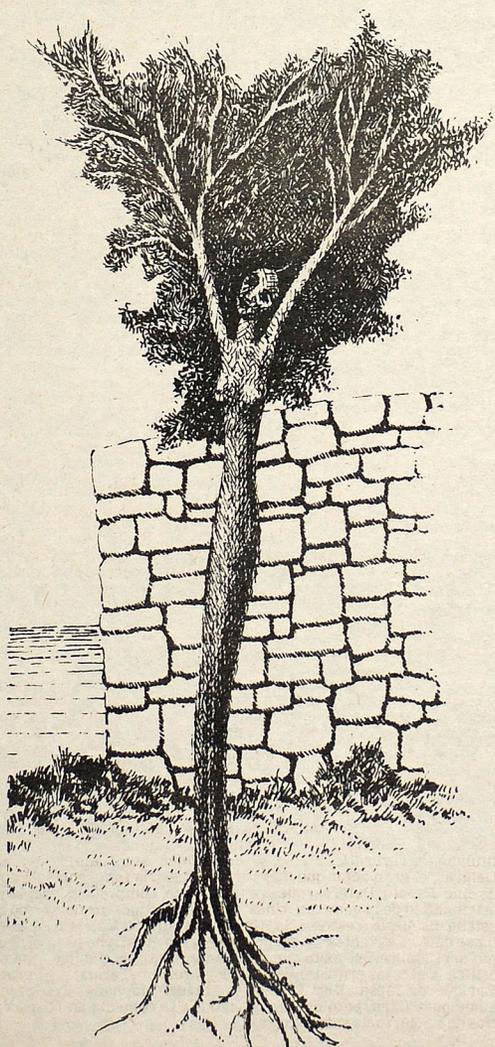
Los demás —que tenían vísceras y órganos como todo ser normal— optaron por dejarla ahí y, con un suspiro de alivio, terminaron de construir a su alrededor una cerca de tablas pintadas de blanco. Poco a poco la fueron olvidando. Su madre dudó un día en voz alta sobre la conveniencia de colocar una lápida al pie del árbol, pero nadie quiso prestar oídos a tal sugerencia y desistió.

Son uno o dos en el pueblo quienes todavía recuerdan, de vez en cuando, los días en que ella fue entregando su cuerpo al árbol, plegándose a los caprichos de su forma, cediendo a la lenta metamorfosis, uniéndose a la tierra cada vez más profundamente. Uno o dos lo recuerdan, pero nunca hablan de ello.

El limonero sigue ahí, junto al muro del traspatio, y en la primavera, cuando se llena de flores, aroma todo el pueblo con el olor eterno de una novia feliz.

S. S. 2 de marzo 1980

Para Alain y otros que tienen la semilla de un árbol en el corazón.



Los libros y los días

Olimpiadas

y

Espartaquiadas

Por

Ramón J. Sender

La olimpiada de este año en Moscú no va a estar completa porque los atletas de Estados Unidos, de Francia y Alemania Occidental y otros muchos países han decidido no asistir como protesta contra la invasión de Afganistán por los rusos.

La olimpiada, por lo tanto, no lo será o no tendrá el carácter de convivialidad internacional que han tenido las anteriores. Es verdad que los rusos habían comenzado a anunciar esas prestigiosas fiestas helénicas, dándoles otro nombre: Espartaquiadas.

A los rusos les gusta ser o parecer diferentes. No hay duda de que son, por ahora, los únicos que invaden militarmente territorios vecinos o lejanos, esclavizando a sus pueblos. También es verdad que es Rusia el único país donde los derechos de ciudadanía no existen y los campos de concentración de los buenos tiempos del fascismo siguen en pie, como si tal cosa. Y no son en favor del pueblo sino "contra el pueblo".

Hablar de espartaquiadas en Rusia es nombrar la soga en casa del ahorcado. Es recordar al mundo que existe la esclavitud contra la voluntad del pueblo. Cientos de miles de comunistas rusos discrepan se van extinguiendo en la oscuridad de una agonía que todo el mundo conoce, odia y teme.

Como no podía menos de suceder, un pueblo donde la esclavitud es la norma, tenía que tener un Espartaco. Nadie duda de que lo tiene. Se trata de la figura cumbre de los últimos tiempos rusos: del Dr. Sakharov, Premio Nobel y primer director de los laboratorios de experimentación nuclear. Perseguido por la policía soviética y desterrado a Gorki, su esposa fue apaleada por la policía al llegar a esa ciudad para reunirse con su glorioso marido. Es verdad que ese Espartaco dirige en Rusia un movimiento antiesclavista cuyas proporciones se conocen sólo a medias.

Como se ve, el nombre de espartaquiada que los rusos dieron hace algunos meses a la olimpiada del verano próximo tiene su fundamento lógico e histórico. Aunque no en la dirección que Brezhnev y Gromyko esperaban, sino todo lo contrario. Bromas de la previsora y sabia providencia.

Ante estas cosas uno se pregunta por qué la mentalidad de los rusos que dirigen la política soviética desde la muerte de Lenin ha podido ir retrocediendo hacia los años medievales de Gengis Khan, de quien se burlan en los medios políticos de Moscú respetuosamente, es decir, usándolo como modelo de grandezas heroicas para ridiculizar a algún rival de quien suelen decir: "Ohhh, ese viene de los tártaros". Como en España se decía: "... de los godos".

Pero el regreso al siglo trece es tan cierto que, imitando a los tártaros, Brezhnev ha invadido Afganistán. Es verdad que Gengis Khan no dijo que había sido invitado a tomar posesión de aquellos territorios y que Brezhnev jura que lo invitaron hospitalariamente, aunque una vez ocupada la capital lo primero que hicieron los invasores fue ejecutar al que les había pedido auxilio. Y poner a otro en su lugar. Ahora parece que han cambiado de opinión y quieren ejecutar al ejecutante. Complicada situación que un día se hará accesible a nuestro entendimiento de gente decadentemente occidental.

Es lo malo de las relaciones este-oeste. Los rusos creen que están amenazados por todos los ejércitos de Europa, de América y por los de la China revolucionaria. Están faltos de información. Gromyko, que ha andado mucho por el mundo, sabe muy bien que a estas alturas a nadie le preocupa el futuro político y que más o menos todo el mundo bien pensante acepta alguna clase de socialismo. Lo que es más cuesta arriba y difícil de tragar es ese super nacionalismo agresivo al estilo del siglo XIII, es decir al estilo de Gengis Khan.

La gente que representaba la nobleza intelectual en Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos, en la Alemania anterior a Hitler y en Italia se declaraba socialista fabiano, es decir partidaria de llegar a un socialismo sin violencia ni efusión de sangre. Ya se sabe que la Sociedad Fabiana de Londres de la cual nació la socialdemocracia británica tenía entre sus fundadores a Bernard Shaw, a H. G. Wells, a la familia no menos famosa de los Webb y a casi todos los hombres de talento; algunos, como Chesterton, a pesar de su acendrado catolicismo.

Fabianos somos todos, ahora, en occidente. De los romanos Fabios anteriores a la era cristiana viene todo eso. De Fabio Valerio Máximo, consúl que dos siglos antes de Cristo ganaba batallas sin efusión de sangre. Cansados en Roma de la actitud expectante y pasiva de sus ejércitos, lo privaron del cargo de consúl y enviaron contra él un poderoso ejército. Obligado a combatir lo hizo mejor que nadie y se impuso también por la fuerza. Desde entonces fabiano quiere decir prudente, pacífico, pero poderoso.

A las alturas en que estamos hoy, el socialismo fabiano lo acepta todo el mundo, pero no el salvajismo tártaro, que lleva la de perder por leyes naturales anteriores a Gengis Khan. Porque las razones históricas más determinantes siempre han estado al margen de los calendarios.

Filosofía, Arte y Letras